

LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Deberes sociales, por don A. Pirala.—La Rosa y el Niño [Fábula], por don J. de M. C.—Cartas familiares por doña Angela Grassi.—Viajes, por Sara.—Santiago, por don E. Hernandez.—El Hijo desobediente (cuento), por doña Micaela de Silva.—GRABADOS: Arco de triunfo.—Vista de Paris.

EDUCACION MORAL.

DEBERES SOCIALES.



A importancia del asunto nos impidió terminarle en el anterior artículo, y lo haremos en este, aun abreviando.

Si para con la sociedad tenemos deberes imprescindibles hay que aprenderlos y desenvolverlos en el seno de la familia, donde la niñez, ó sea la juventud, no debe ser estraña á cuanto afecte á esa misma familia. La falta de conocimiento en algunos sucesos, que no puede haber el menor inconveniente en participarles, las priva de mil ocasiones de demostrar de lo que son susceptibles, y esta carencia de intervencion, este alejamiento de todo, las hace ociosas; así que, alentando á las niñas algunas veces á espresar sus propios pensamientos, se excita su inteligencia, se ejercita su razon, y adquieren conocimientos de deberes necesarios, y saben practicarlos.

Es un gran deber, ya en la niñez, el contestar amablemente á las preguntas que hacen las personas mayores, y esto en efecto necesita preparacion de parte de las madres, que deben aprovechar las hijas. Así como se las escucha con paciencia en sus primeros años, y se interpreta el sentido de sus espresiones, se aplaude su originalidad y se simpatiza con su imaginacion, haciendo de este modo amables y sociables á las niñas, se las puede hacer ariscas é insociables si se procede de una manera opuesta. Desgraciada la jóven que en la niñez haya sido tratada

2.^a ÉPOCA.

severamente, si no procura corregir la sequedad que se habrá impreso á su carácter.

Concedida la debida importancia de la conversacion, es incuestionable el valor de la amenidad y lucidez de la inteligencia, y sobre todo cuando se emplea en una inocente alegría. Los ancianos, los enfermos, los mas aflijidos, olvidan un momento el peso de su dolorosa existencia por gozar de una relacion entretenida, de una conversacion amena. Se distraen, se reaniman por el efecto de este arte dichoso, que da gracia y realce á los pequeños detalles de que se compone la vida. ¡Cuántos hay á quienes no se puede hacer otro bien! y es necesario hacerle á todo el mundo.

Esto hará comprender á nuestras jóvenes lectoras la importancia de la conversacion, talento encantador y frecuentemente en ejercicio. De aquí el interés de despertar esa imaginacion de la infancia que lo anima todo, que lo pone todo en escena, y hace de la conversacion ó de los hechos que se cuentan cuadros de brillante colorido.

No puede seguramente servir de modelo la educacion de los orientales, y sin embargo, entienden mejor que nosotros la manera de gobernar la primera infancia. Un viajero moderno, en su excursion á la Mesopotamia, ha encontrado estraordinariamente precoces á los niños persas: *razonan, segun él, ejercitan su juicio y ocupan su puesto en la sociedad á la edad en que nuestros niños son apenas capaces de unir dos ideas.*

Poco nos importa que permanezcan siempre en el mismo estado; lo que sí nos interesa saber es que, lo que les hace llegar tan jóvenes á ese punto, es el que se les tiene consideraciones y se les trata como á una persona mayor. Los chinos tambien responden siempre formalmente á las preguntas que les dirijen los niños.

En la niñez, que se observa todo, para que el juicio no sea errado, hay que explicarle lo que observa, y lo comprenderá con certeza. De esta manera, y sin limitarse á objetos dados, sino á cuantos tienen relación con la vida, se conseguirá cimentar una educación moral, sólida y verdadera. Las niñas ven entonces que en la familia está reconcentrada la vida, ven de jóvenes que la familia es el reflejo de la sociedad, y por su propio interés, por egoismo, en el buen sentido de esta palabra, comprenden que los deberes sociales que practican entre la familia, sobre ser lo mismo que si los practicasen en la sociedad, les acostumbra á practicarlos en esta, con ventajas para ella, y para sí propias.

A. PIRALA.

LA ROSA Y EL NIÑO.

Fábula.

Por las calles de un jardín,
De ricas flores alfombra,
Y cuyo ambiente perfuman
Con su dulcísimo aroma,
Un niño vaga afanoso,
Inquieto como las olas,
Que van á besar la orilla
De una playa seductora,
Y á su pesar vuelven luego
A la cuna procelosa,
Para tornar á estenderse
Con sus espumas de aljofar.
Busca en su afán infantil
La mejor flor de entre todas,
La de mas bellos colores,
La mas fresca y olorosa:
Recorre ufano los cuadros
Y repasa hoja tras hoja,
Por si alguna mas modesta
Se oculta del sol medrosa;
Mas son tan variadas ellas
En sus colores y forma,
Que le hacen girar dudoso
Desde una calle á la otra.
Y en este giro infinito
De ansiedad y de zozobra,
Se fijan sus vivos ojos
En una esmaltada rosa
De blanco color de nacar
Y carminada corola.

Vé que su tallo se cimbra
Al saludar á la aurora,
Y apenas abre sus galas
Se muestra gentil señora
De otras mil hermosas flores
Que el ameno pensil bordan.
Allí la rinden sus parias,
Sin envidia ni lisonja,
Lirios, claveles, violetas,
Mirtos, tulipanes, moñas.
El perfume de sus pétalos
Tanto le atrae y le arroba,
Que cesa ya en sus pesquisas,
É inmóvil como una roca,
Contempla la maravilla
De tan acabada obra.
Tanta belleza le admira,
Tanto culto le alboroza,
Y lleno entonces de afán
Por besar tan rica joya
Y respirar su ambrosía
Y embriagarse con su aroma,
La mano estiende anhelante
Y la esbelta vara toca;
Pero una espina cruel,
Punzante y abrasadora,
Rasgando su tierno cutis
El placer en llanto torna.

Así la dicha soñamos.
Movidos de ardiente anhelo,
Vemos entreabierto el cielo
Y á tocarle nos lanzamos;
Pero al llegar al dintel,
Fascinada nuestra mente
Por un afán impaciente
Nos arrastra dentro de él:
Y en vez de brisas divinas
Que creímos respirar,
Hallamos al despertar
De la rosa las espinas.

J. DE M. C.



CARTAS FAMILIARES.

IV.

De Enriqueta á la Abuela.

Qué vergüenza, mi querida madre, una niña de doce años acaba de darme una lección de moral á mí, que tengo mis ínfulas de moralista!

Era ayer domingo, y Adriana y Rosa debían venir á pasar el día con nosotras. Era el primer domingo que lo efectuaban, y no puede Vd. figurarse el júbilo, la impaciencia de María.

Desde el día antes había vestido de fiesta á todas sus muñecas y puesto en orden sus juguetes, promoviendo mil disputas con Luis; porque éste no quería cederla los suyos, en obsequio de sus huéspedes.

Aquella mañana se despertó al romper el alba, y se levantó dos ó tres veces, pareciéndola imposible que el sol recorriese tan lentamente su carrera.

Pero como todo llega al fin en este mundo, llegó también para ella la hora deseada, y sus dos amigas hicieron su entrada triunfal en nuestra casa.

No la he hablado á Vd. de Elisa. Elisa tiene ocho años, pero aunque no le falta despejo, es tan inocente y tan cándida como si tuviese cuatro.

Ya la conoce Vd., es un ángel de corazón y de semblante.

Las dejé que bajasen al jardín y se entregasen á todos los juegos imaginables, así es que hubo risas y algazara, y no faltaron tampoco algunas reyertas, pues á lo mejor Luis derribaba los enseres de cocina, en que hacían las comiditas para sus muñecas, ó se comía los dulces que debían servir para confeccionarlas.

Era por la tarde ya, cuando oí que disputaban acaloradamente y bajé al jardín.

María tenía las mejillas encendidas y los ojos llenos de lágrimas.

—Mamá, gritó corriendo hacia mí, ¿no es verdad que aquella mujer que pega á la vendedora de agua es muy mala?

—Sí, hija mía, respondí yo aturdidamente, debe ser muy mala.

—Adriana dice que no!

—Adriana no dice eso, vociferó Luis; dice que no se debe pensar mal de nadie sin tener grandes motivos para ello.

Me llegó á mí la vez de ponerme colorada.

Adriana comprendió intuitivamente que había triunfado, y su modestia la hizo avergonzarse de su triunfo.

—Yo he dicho esto como un papagayo, repuso sonriendo, porque hace poco, cuando estuve en Vegas de Coria, se lo oí decir á D. Calisto.

Una tarde que paseábamos por la pradera, oímos á una porción de muchachos reunidos en coro que murmuraban de un ausente.

El caso era que les faltaba una pelota, y que esta había desaparecido en el momento de separarse de ellos el acusado. Unos hacían observar que llevaba las manos atrás, otros que le abultaba mucho la gorra, y algunos hasta llegaban á afirmar que le habían visto bajarse, prorumpiendo todos en amenazas y en denuestos.

—Pero estais bien seguros, les preguntó D. Calisto, de que es él quien la ha cogido?

—Vaya que si lo estamos? respondieron todos.

—Es que en materias de culpas ajenas, repuso el señor cura, es preciso hacer como Santo Tomás, no creer hasta que se vé y se toca, y aun así, dudar de lo que se ha visto.

Si os equivocáseis y no lo hubiese hecho, ¡qué vergüenza, qué confusión y qué remordimiento para vosotros, mis queridos niños!

Y mire Vd., aun no había acabado de hablar don Calisto, cuando vimos á un perrillo joven, que corría por la pradera, escondiendo aquí y allá una cosa entre la yerba. Era la pelota.

Todos los niños se miraron confusos unos á otros.

—Ya lo veis! dijo D. Calisto, y sin embargo todos pretendíais haber visto otra cosa! Que esto os sirva de ejemplo, y os impongo por castigo de vuestra ligereza, que de aquí en adelante no volváis á pensar mal de vuestro prójimo, y mucho menos á decir vuestro pensamiento, sin una causa muy grande.

Calló Adriana, y callamos todos; pero yo tomé al instante mi partido con una resolución heroica.

—Yo he sido ligera como aquellos niños al contestar á tu pregunta, dije á María, porque en efecto la honra ajena debe sernos tan sagrada, que no bastan las mas graves apariencias para autorizarnos á mancharla.

En castigo de mi culpa, voy á imponerme una penitencia, que acaso os será agradable.

Os llevaré á paseo al Retiro, buscaremos á la vendedora de agua, y la haré un regalito en memoria de este día.

Los niños acogieron mi proposición con trasportes de júbilo, y al instante pusimos por obra nuestro pensamiento.

Pero en vano buscamos á la aguadora por todo el Parterre; en su sitio solo vimos á la naranjera.

Me acerqué á preguntarla.

—Quién, Casilda? me respondió con su tono brusco, hace días que no viene!.... La mujer con quien vive está muy mala, y por eso no saldrá.

Me hice indicar las señas de su casa, y nos dirigimos á ella con el presentimiento de que acaso nuestra visita podía producir un bien.

¡Oh madre, madre mia, es posible que disfrutemos con tanta tranquilidad de todas las comodidades de la vida, sabiendo que hay pobres tan pobres que carecen de abrigo y de alimento!

El desvan en donde habitaba Casilda estaba abierto á los cuatro vientos, y su único mueblaje consistía en una mesa, una silla, y un monton de paja que servía de lecho.

Pero cual no fué nuestra sorpresa, al ver á una mujer, jóven todavía, pero pálida, demacrada y cubierta de andrajos, que estaba sentada en el suelo, y miraba atentamente por una ventana abierta casi al nivel del pavimento.

Casilda estaba á su lado, y la tenía cogida una mano que estrechaba contra sus labios.

Al vernos se puso pálida y encendida á la vez. Luego se levantó y corrió hácia nosotras, murmurando con efusion:

—Hermanas!... mis hermanas!...

Y mientras mis niñas la colmaban de agasajos, yo me dirijí hácia la mujer, que no manifestó ninguna sorpresa al verme.

—Mira, me dijo, mira las fantasmas blancas como bailan en el patio! Qué vueltas dan! qué vueltas dan! Hácia arriba, hácia abajo, hácia todas partes! Dos dias hace que están ahí!... Han estado ahí tambien por la noche, bailando al resplandor de la luna!... ¡Y cuántas señas me han hecho!... cuántas cosas me han dicho!... Calla!... Qué es lo que dicen ahora?... Pájaros, pájaros, pájaros!... Los pájaros que se han ido volverán!...

Y se echó á reir convulsivamente.

Yo miré á Casilda estupefacta; pero Casilda tenía los ojos fijos en el suelo, y por sus mejillas corrían dos lágrimas silenciosas.

Por fortuna una vecina se asomó á la puerta, y poniéndose un dedo en la frente, me hizo señas de que me acercase á ella.

—Está loca? la pregunté.

—Loca, sí! Pobrecilla! exclamó mi interlocutora, y cuánta lástima da la infeliz! Tiene momentos buenos y momentos malos. Este es bueno, porque cuando las vecinas tienden la ropa en el patio, ya está contenta y divertida, viendo como se menea con el aire.

—Son esas las fantasmas blancas?

—Pues!

—Pero de qué proviene su locura?

—¡Ah, yo la he conocido á la pobre cuando era tan señora como Vd.!... ¡Pues poco tren y poco lujo gastaba!... Es una historia muy triste!... En el tiempo del cólera, doña Engracia, perdió á toda su familia en un dia.... Padre, madre y cinco hermanos!...

Entonces una tia suya, muy rica, la llamó á su lado para ayudarla á educar á una niña que tenía consigo.... ¡En una palabra, á una hijita suya, porque aquella señora estaba casada de secreto con un oficial subalterno.

Anduvo el tiempo su camino, cuando hé aquí que el oficial, deseoso de publicar su casamiento, quiso marchar á la guerra de Africa para obtener el grado que le faltaba.

Vd. sabe bien, señora, que allí murieron muchos pobrecitos.

Una mañana la madre de Casilda, porque era Casilda la niña en cuestion, leyendo el periódico como de costumbre, halló entre la lista de los muertos el nombre de su marido, y fué tanto lo que se sobrecogió, que perdió el conocimiento y murió á los pocos dias.

Entonces sucedió lo que debía suceder. Los sobrinos se echaron encima de cuanto poseía, y aunque sabian muy bien que Casilda era su hija legítima, como no constaba en papelotes la echaron de su casa.

Pensaron ponerla en el Hospicio; pero doña Engracia se puso furiosa, y dijo que ella no quería mas parte en la herencia de su tia que la chica abandonada. Que se la llevaria á su casa, y que un bocado de pan que tuviese seria para las dos.

Y así lo hizo, doña Engracia tiene unas manos de oro, y empezó á trabajar dándole que dale. Y al principio todo anduvo muy bien, porque criaba á Casilda como á una princesita. Pero luego, se le metió en la cabeza hacer que la chica recobrase sus legítimos derechos.

Empezó á andar de ceca en meca, á revolver papelotes, á consultar abogados por aquí, procuradores por allá.... En fin entabló su pleito... Con eso empezó á gastar mucho dinero, mas del que ganaba.... Vino la miseria, vinieron las enfermedades!... Empezó á enloquecer, y aquí está todo.

Yo tenía una hija que vendía agua, y dejó esta ocupacion para tomar un oficio.

Un dia vimos entrar á Casilda colorada como una cereza.

—Yo quisiera, dijo, ir á vender agua para ganar alguna cosa. No sé hacer nada, y es preciso sin embargo que no carezca siquiera de pan mi pobre Engracia!

La cedí de muy buena gana el cántaro y demás, y desde entonces ni el calor ni el frio la han impedido llevar á cabo su santa obra....

En aquel momento, Engracia empezó á cantar con voz triste y monótona:

—Los pájaros se han ido, los pájaros vendrán!...

—Dos tortolitas, repuso la vecina, que habia cuidado su tia, y que murieron de hambre en los primeros dias de su enfermedad!... Ya lo vé Vd., su locura es generalmente sosegada; pero cuando se

exalta, no conoce á nadie, y hasta llega á pegar á Casildilla.

Esta habia ido á arrodillarse junto á su bienhechora, y tomándola una mano la cubrió de besos.

— ¡ Ah, dijo la demente fijando en ella sus ojos radiantes de alegría, ves las fantasmas, las ves!... Bien te decia yo que vendrian!... Mi madre, mi madre, mis hermanos, como bailan, como bailan!... Ves como me hacen señas para que los siga?... Pero no, Casilda, no, yo no quiero dejarte, niña mia!... Hasta que tengas un nombre, que seas rica!... Vístete, vístete pronto!... Hoy es la sentencia. Hoy obtendrás justicia!... Qué han hecho de mi vestido de gró negro? de mi mantilla de encajes?... Me lo han quitado, me lo han robado!... todo, todo!... Desdichada de mí, desdichada de mí, no puedo ir al Tribunal, no puedo hablar á los jueces!...

La infeliz se habia levantado, dando rápidas vueltas por el aposento, y por fin se habia dejado caer sobre la paja, sollozando amargamente.

Aquella escena desgarraba el alma.

Era ya de noche, y las dos hermanas tenian que volver al colegio.

Puse mi bolsillo en las trémulas manos de Casilda, y me despedí de la vecina.

Bajamos silenciosamente la escalera, y cruzamos sin hablar palabra una porcion de calles.

— Muy culpable he sido, dije por fin á mis niñas, por haber pensando tan ligeramente mal de esa infeliz. En donde creíamos encontrar una furia, hemos hallado una mártir y una santa! No olvidéis jamás el consejo de D. Calisto: *en materia de culpas ajenas, es preciso hacer como Santo Tomás: no creer hasta que se vé y se toca, y aun así dudar de lo que se ha visto.*

ANGELA GRASSI.

VIAJES.

CARTAS Á UNA NIÑA.

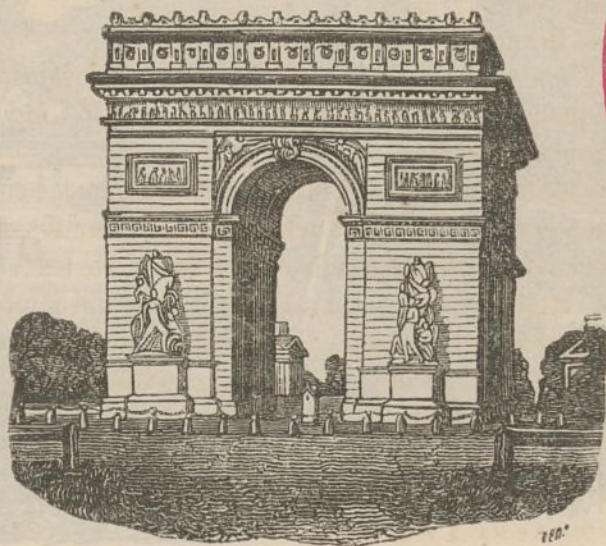
XIV.

Ya me tienes en París, mi querida Jenny, en esta populosa Babilonia, centro de la industria y del comercio, del buen gusto y de la Moda.

Aunque necesito descansar y coordinar mis ideas antes de hablarte con algun detenimiento de las preciosidades que encierra en todo género, no puedo resistir al deseo de decirte algo en esta carta de lo mas notable, entre lo que he recorrido.

En la orilla derecha del Sena encuéntrase la casa de *Ayuntamiento*; el *Louvre*, separado de las *Tullerías* por la plaza de *Carroucel*; las *Tullerías* y la plaza de la *Concordia*, limitada al Este por el *Jardin de las Tullerías*, al Oeste por los *Campos Eliseos*, al Sur por el *Sena*, y al Norte por los magníficos edificios del *Guarda-muebles* y del *Ministerio de Marina*. En la plaza de la *Concordia*, adornada de candelabros dorados, estatuas y columnas rostrales, se eleva el obelisco de *Louqsor*, entre dos fuentes; comenzada en 1760 por el arquitecto Gabriel, habia en ella, antes de la revolucion, una estatua equestre de Luis XV, de Bouchardou, que fué reemplazada en 1792 por una estatua colosal de la libertad de Lemot.

Los *Campos Eliseos* limitan á París por el Oeste, coronando su punto culminante el gigantesco *arco de triunfo de la Estrella*. En la estremidad Oeste de los *boulevards*, que separan el París de otros tiem-



Arco de Triunfo.

pos de los antiguos *faubourgs*, que forman hoy un inmenso y magnífico paseo, elévase la *Magdalena*, y en la estremidad del Norte la *columna de Julio*.

En el interior del recinto elíptico, formado por los *boulevards* que se prolongan hasta el Sena, y la línea de los muelles, véanse, entre otros edificios notables, el *palacio Real*, la *Bolsa*, el *Banco de Francia*, que ocupa el antiguo hotel de Tolosa, construido por Mausard para el duque de Vriellere (la parte del edificio destinada á las oficinas del Banco data de la época imperial de la Restauracion); la *Biblioteca imperial*, la *plaza Louvois*, que tiene la mejor fuente que hay en París; el *Teatro de la ópera cómica*, la *columna* y la *plaza Vendome*, de forma octógona; el 11 de Agosto de 1792, la estatua colosal de Luis XIV, fundida por Keller, que se levantaba en medio de esta plaza, llamada *de las Conquistas*, fué echa pedazos,



y cambió su nombre por el de *plaza de las Picas*. Las calles de Castiglione y de la Paz la enlazan en línea recta con el jardín de las Tullerías y el paseo de los boulevards.

En el centro de la elíptica están los mercados y el mercado de los inocentes, y en los *Marais*, barrio próximo á la línea de los *boulevards*, el *palacio de los Archivos*, antiguo hotel Soubise, y mas tarde de Guisa, la *Imprenta imperial* y la *plaza Real*, cons-

Mas allá de los boulevards y de los Campos Elíseos se encuentra el *palacio de la Industria*, el del *Eliseo*, la *Opera*, el *Conservatorio de Música*; las iglesias de *San Felipe de Roule*, en el faubourg de su nombre, y *Ntra. Sra. de Loreto*, en frente de la calle Laffite, faubourg Montmartre, comenzada en 1836; *San Vicente de Paul*, *San Laureano* y la *Capilla espiatoria*, elevada por Fontaine en el terreno del cementerio de la Magdalena, calle de la Arcada, en



Vista de Paris desde el puente Nuevo.

truida en 1610, en el terreno que ocupa el hotel Tournelles; solo hay de notable en ella cuatro fuentes y una estatua de Luis XIII, de mármol blanco.

Hay en los barrios que tan á la ligera hemos recorrido, muchos y excelentes edificios religiosos, siendo entre ellos los mas notables, la *iglesia de San Eustaquio*, próxima á los Mercados, de origen antiquísimo, segun me han asegurado; *Ntra. Sra. de las Victorias*, inmediata al Banco, construida por Lemuet en 1629, en la que hay algunos excelentes cuadros de Cárlos Vanlío, representando la vida de San Agustin; *San Pablo* y *San Luis*, en la calle de San Antonio, cuya primera piedra se puso en 1627 por mano de Luis XIII, que forma una cruz latina; *San Gervasio*, en la calle de San Martin; *San Nicolás de los Campos*, en la misma calle; *Santa Isabel*, en el Temple, y la sinagoga israelita.

recuerdo de Luis XVI y María Antonieta; véñse en ella dos grupos que representan al Rey con su confesor, y á la Reina implorando los ausilios de la religion.

El viaje ha sido largo y estoy cansada; en mi próxima carta recorrerémos la orilla izquierda del Sena, y despues visitarémos despacio los edificios mas notables que en esta y aquella hay.

SARA.



SANTIAGO.

I.

—¿Con qué Jacobo no es hijo de Mr. Duhamel?

—No, señor, me contestó con orgullo Francisco, es hijo mio.

—Ah!

—Es toda una historia.

—Agradecería á Vd. que me la contase.

—Ese es tambien mi deseo.

Nos sentamos á la sombra de un manzano, y Francisco comenzó su narracion en estos términos.

II.

Hace doce años que Villerville era una aldea á la que nadie se le habia ocurrido venir á tomar los baños, y como carecia completamente de caminos, ni por curiosidad la honraban con su presencia las familias inglesas que pasaban el estío en Honfleur, ni los extranjeros que en la misma estacion afluyen de todas partes á Trouville. El castillo estaba deshabitado á consecuencia de la muerte de su propietario, de modo que los chicos de la aldea no habian visto nunca, ni podian explicarse lo que era un caballero ni una señora.

De improviso, una hermosa mañana del mes de Julio, apareció una silla de postas, envuelta en una nube de polvo, en el pedregoso camino que conduce á Villerville. Qué sorpresa! Al ruido echáronse en masa á la calle, hombres, mujeres y niños, creyendo desde el último pilluelo hasta el maire, por lo menos, que el rey de Francia entraba en la aldea.

Cuatro personas ocupaban la silla: un caballero como de unos cincuenta años, una señora gruesa, que parecia su mujer, y dos jóvenes, de la que una, la mas bella, estaba pálida como una muerta.

Ocupaban la zaga dos criadas, y el pescante dos lacayos.

Uno de ellos, cuando el postillon paró, preguntó el camino del castillo; cien manos se le señalaron á la vez, y los caballos partieron al galope, dejando hombres, mujeres y niños estupefactos.

Un pescador que no habia apartado un momento los ojos de los viajeros, exclamó de repente:

—Ya sé quién es!... le he roconocido.... es Monsieur Duhamel, comerciante ruanés, que ha hecho su fortuna en el Senegal de donde solo hace dos años que ha regresado.

—Y la señora que va á su lado? le preguntaron cien voces á un tiempo.

—Quién quereis que sea? Su mujer, Madama Duhamel.

—Ah! su mujer...

—Y la jóven pálida?

—Su hija, que se llama... se llama... Ah! ya me acuerdo, Eugenia....

—Y la otra jóven?

—La otra jóven es su aya.

—Pero qué vienen á hacer aquí?

A esto no pudo contestar el pescador, pero lo hizo el jardinero del castillo, que al cruzar la plaza fué detenido por los mas curiosos. Mr. Duhamel era amigo del Conde, y el Conde le habia cedido su castillo hasta el otoño próximo, con objeto de que su hija tomase los baños de mar que el médico le habia propinado, para conjurar una enfermedad que hacia años venia padeciendo.

No bastaron estas esplicaciones para que los buenos vecinos de Villerville volvieran de su asombro.

Cuando hizo alto la silla de posta estaba yo en la plaza con mi hijo Santiago de la mano, que tenia nueve años, y que era, sin presuncion, la criatura mas hermosa que habia en toda la jurisdiccion de Pont-l'Éveque.

Sus cabellos eran rubios como el oro, sus ojos azules como el cielo, y su cutis blanco como la nieve: para confundirle con un ángel no le faltaban mas que las alas. No carecia, y esto es lo mas extraordinario á su edad, de conocimiento, y si no fuera su padre diria de inteligencia, y distinguíanle estas dos cualidades, que los niños no tienen nunca, y no todos los hombres poseen, buena memoria y buen corazon. Y en prueba de ello permitidme que cite un ejemplo. Tuvimos la desgracia de perder á nuestra hija mayor, que como es costumbre en el campo, era la que le llevaba en brazos cuando mi mujer y yo íbamos al trabajo, la que arrullaba su sueño, la que calmaba sus dolores, la que estimulaba su alegría. Cayó enferma, y operóse en su carácter una revolucion completa; desapareció su alegría, y esquivando los placeres de su edad, instalóse á la cabecera del lecho de su hermana, siendo inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para apartarle de su lado cuando la enfermedad se agravó. El dia que la perdimos creimos que le perdíamos á él tambien. Si le hubiérais oido gritar: ¡Catalina! ¡Catalina! abrazando su cadáver y cubriéndole de besos y de lágrimas! Al cerrar la caja en que se la depositó, nos suplicó que le dejásemos verla por última vez, y yo accedí á su deseo; se arrodilló, y con la cabeza inclinada sobre el pecho como quien medita ó reza, permaneció un momento sumido en una profunda abstraccion, luego levantándose exclamó:

—Nunca te olvidaré, hermana mia! Ahora al cementerio.

Si en el cielo se cuentan las lágrimas, el cielo sabe las que derramamos él, su madre y yo. Al poco

tiempo cayó enfermo gravemente. ¡Bendito sea Dios que le devolvió á nuestro cariño! Pero cuán otro le recobramos! Sus ojos no destellaban ya la inocente alegría de la niñez, sino antes les empañaba la piadosa tristeza de la edad madura. Todas las noches antes de dormirse, rezaba por su hermana, y de día como que gozaba hablando de ella.

Necesitaba explicar á Vd. esto para que comprenda lo que voy á decirle.

Creo haber dicho á Vd., que cuando llegó á la aldea Mr. Duhamel estaba conmigo Santiago confundido entre la multitud. Arrastrado por la curiosidad general llegué á olvidarme de él, pero al sentir temblar sus manos entre la mía volvíme, y ví que había palidecido y que lloraba.

—Qué tienes, hijo mío? exclamé.

Como si no me hubiera oído permaneció inmóvil, con la mirada fija y alargando el cuello en la dirección por donde había desaparecido el carruaje.

—Hijo mío, volví á decirle con cierta inquietud, qué tienes?

—Padre, exclamó al fin, ¿no has visto á esa jóven?

—Sí.

—No has advertido que se parece á alguien?

—A quién?

—A mi hermana Catalina.

Y como poseído de una violenta convulsión se puso á temblar.

Llévele á casa, conté á mi mujer lo que había sucedido, y le acostamos: como no había médico en la aldea, su madre y yo le suministramos los remedios que creímos que su situación requería.

No tardó en calmarse y dormirse, ó mas bien en aletargarse.

—Catalina! murmuraba de tiempo en tiempo, como si hablase con un fantasma, Catalina, estás tan pálida como cuando te ví por última vez.... Eres tú, hermana mía?

—Se ha dormido, me dijo su madre, y sueña.

—Sin embargo no estoy tranquilo, y voy á buscar un médico á Treville.

Margarita, así se llama mi mujer, me contestó:

—No sé por qué se me figura que la enfermedad de Santiago no es de las que curan los médicos: voy á rezar á la tumba de mi hija.

Cuando volvía de Treville con el médico encontramos á Margarita en el camino, loca de desesperación y de terror.

Al volver del cementerio no había hallado en casa á Santiago: su cama estaba vacía.

—Le hemos perdido, le hemos perdido para siempre, exclamó mesándose los cabellos. Catalina se le ha aparecido y nos le ha arrebatado.

No faltó mucho para que yo participase de la superstitiosa desolación de Margarita. El médico nos

hizo advertir afortunadamente que la ventana estaba abierta y la arena removida. (Arreglo.)

(Se continuará.)

E. HERNANDEZ.

EL HIJO DESOBEDIENTE.

CUENTO.

Dos gorriones anidaron en lo alto de una chimenea.

En el nido había cuatro huevecitos, y á su tiempo salieron de los huevos cuatro pajaritos sin plumas, pero su madre los tenía, y abrigó á los pequeñuelos bajo sus alas.

Mientras la madre los calentaba, el padre iba en busca de alimento para sus hijitos.

Pero como los pajaritos crecieron y fueron echando pluma, su madre pudo ya dejarlos solitos, y salir con el padre á buscar la comida para su familia.

Antes de marcharse al campo, sabiendo que sus hijos no tenían bastante fuerza para volar, les dijo: —¡Cui! cui! cui! lo cual era como decirles. ¡Cuidadito! hijos míos, estáos quietecitos y no os mováis del nido.

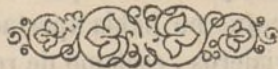
Pero en cuanto la madre los dejó solos, uno de los pajaritos que era desobediente, quiso echarla de valentón, comenzó á revolotear, y patapum!... cayó en el cañón de una chimenea.

Cuando sus padres volvieron al nido solo encontraron á tres de sus hijos, y estos en cuanto los vieron empezaron á gritar, cuicui! cuicui! cuicui!! lo cual significaba: Nuestro pobrecito hermano se ha caído por ese agujero tan oscuro.

El padre, la madre y los tres hermanos tuvieron una pena muy grande.

Ved como la desobediencia de un hijo causa la desgracia de toda una familia.

MICAELA DE SILVA.



Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRENTA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.